

LA NACIÓN
Domingo 17 de diciembre de 2006
PASTILLAS

Eduardo Labarca

Pinochet desaparecido

El 11 de septiembre de 1973, Pinochet soñó que sus enemigos desaparecerían de la faz de la tierra, como si no hubieran existido jamás. En el corazón de la historia quedaría únicamente él, nuevo padre de la patria.

Hizo sepultar a Salvador Allende en una tumba sin lápida. Ideó una máquina de desapariciones, fusilamientos, atentados, entierros subrepticios, envenenamientos, dinamitazos de tumbas, exhumaciones, traslado de huesos en sacos, lanzamiento de cuerpos al mar...

Borradas todas las huellas, el día de su fallecimiento la inmortalidad lo recibiría por fin en sus brazos.

Ese día ha llegado y –¡oh, ironía!– sus próximos se han sentido turbados con ese cadáver en los brazos. Trasladaron el cuerpo de madrugada, instalaron el catafalco en un recinto inexpugnable donde le rindieron homenaje en un patio cerrado. Se llevaron la urna en un helicóptero Puma.

Sus parientes sabían que dondequiera que lo enterraran, nunca faltaría alguien que llegara a expresar a ese lugar su odio justiciero. Previéndolo quizá, el propio general pidió que lo cremaran. ¿Pero qué hacer con las cenizas? Guardadas en un ánfora, contra ellas se centrarían todas las iras. ¿Enterrarlas en un lugar secreto? ¿Esconderlas? ¿Mantenerlas temporalmente en una capilla? ¿Esparcir las?

Allende descansa hoy en el Cementerio General sin necesidad de guardias ni de rejas, y en su mausoleo nunca faltan flores. Los desaparecidos no han sido olvidados: sus nombres están grabados en el memorial de Chile y en los anales de la república. Los restos de Pinochet no hallan descanso. Van hacia la bruma, camino de la desaparición.